

## Palabras para Carlos Iván Degregori

por FÉLIX REÁTEGUI-CARRILLO | Pontificia Universidad Católica del Perú | felix.reategui@pucp.edu.pe

Se ha dicho en estos últimos tiempos que el Perú contemporáneo no puede ser entendido sin recurrir a los escritos de Carlos Iván Degregori. La afirmación podría sonar exagerada, pero en realidad encierra una rotunda verdad. El Perú de las últimas décadas es una sociedad que ha experimentado muchas transformaciones; es, sin duda, un país en transición. Interpretar un país así requiere de un espíritu abiertamente crítico; es decir, de una actitud crítica que, al mismo tiempo, no rehuya la empatía. Se necesitan conocimientos y afectos, sentido de urgencia y algunas dosis de paciencia, indignación y voluntad de esperanza; se precisa, en suma, sabiduría. Carlos Iván fue, fundamentalmente, un hombre sabio en ese amplio sentido. Y de esa sabiduría, de esa voluntad de comprender y de juzgar con justicia, están impregnados sus escritos.

Se decía de él que era uno de los pocos científicos sociales que en el Perú cultivan el buen gusto en la escritura. Algunos atribuían ese don a su pasado recóndito de poeta. Pero más acertado sería atribuirlo, precisamente, a ese deseo suyo de pensar con empatía, de no ahorrar observaciones críticas ni juicios severos sobre las realidades que estudiaba, pero siempre rodeándolos de una expresión risueña, de una atención al detalle y a las circunstancias. Esa atención se pone en acto en sus escritos; estos nos dicen que el Perú de nuestro tiempo —el de las ciudades cada vez más andinas y rurales, el del campo cada vez más abocado a una modernización violenta y monocorde, el del persistente racismo y el de una inequidad que impacienta y subleva— merece algo más que recetas, dogmas y asertos mecánicos: amerita comprensión, pero no para aceptar dócilmente el *status quo* sino para construir esperanza sobre la base del conocimiento.

Un libro coescrito por Carlos Iván Degregori fue mi primer encuentro con la ciencia social. Era su trabajo compartido sobre la mentalidad de las nuevas generaciones de hijos de inmigrantes a Lima: *Conquistadores de un nuevo mundo*. Después, muy pronto, me tocaría leer sus escritos sobre Sendero Luminoso y sus inclasificables trabajos sobre la política peruana. No eran ciencia política, no eran antropología política; tampoco eran piezas periodísticas. Eran una reflexión original y creativa, que visitaba las más diversas disciplinas para inventar algo a partir de ellas: eran lo que, a la distancia, solemos reconocer como el trabajo de un intelectual libre.

Pero, si sus libros fueron, son, un aprendizaje ineludible para todo aprendiz de las ciencias sociales en Perú, tuve la fortuna de recibir de Carlos Iván una enseñanza directa, personal, cálida sobre lo que podríamos llamar una “ética de la sabiduría”. Como colaborador suyo en la elaboración del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, aprendí de él el arte de equilibrar los matices y el rigor, tanto en la construcción de un argumento científico cuanto en la afirmación y la defensa de una postura moral. Ser firmes en la crítica, y al mismo tiempo dejar un puente tendido para el diálogo: esa es la lección que recibí, una lección que emanaba de nuestras charlas, pero sobre todo de su talante. Eran días de indignación, eran días de estupor ante el Perú que habíamos descubierto. Fueron, para mí, además, días en que mi admiración por el escritor se extendió hacia ese hombre sencillo e inteligente, que sonreía casi como excusándose por ser tan brillante, en quien encontré un maestro y un amigo inolvidable. ■